

LEYENDAS

STAR WARS

DECISIONES

TIMOTHY ZAHN

El destino de la rebelión depende de la siguiente maniobra de Luke Skywalker. ¿Pero los rebeldes se han metido en un refugio seguro o en una trampa mortal?

Para mamá, que nunca dudó que tanto escribir
algún día daría sus frutos.

DRAMATIS PERSONAE

- Airen Cracken:** líder rebelde (varón humano)
Bidor Ferrouz: gobernador imperial de Poln (varón humano)
Carlist Rieekan: líder rebelde (varón humano)
Darric Larone: soldado de asalto (varón humano)
Gilad Pellaeon: alto oficial de puente, *Quimera* (varón humano)
Han Solo: capitán, *Halcón Milenario* (varón humano)
Joak Quiller: soldado de asalto (varón humano)
Korlo Brightwater: soldado de asalto (varón humano)
Leia Organa: líder rebelde (mujer humana)
Mara Jade: agente del Emperador (mujer humana)
Nuso Esva: señor de la guerra (varón no humano)
Saberan Marcross: soldado de asalto (varón humano)
Taxtro Grave: soldado de asalto (varón humano)
Thrawn: oficial imperial (varón chiss)
Vaantar: refugiado (varón troukree)
Vestin Axlon: líder rebelde (varón humano)

Las decisiones de uno moldean el futuro de
todos.

—dicho Jedi.

CAPÍTULO UNO

El último salto hiperespacial había sido complicado, había empezado en un sistema estelar menor que apenas aparecía en los mapas y había terminado en otro aún más recóndito. Pero los oficiales y la tripulación del DEI *Quimera* eran los mejores de la galaxia y al comandante Gilad Pellaeon le bastó una mirada al monitor para saber que habían hecho un salto preciso.

Echó a andar por la pasarela de mando, mirando la larga proa del *Quimera* y preguntándose qué demonios hacían allí. El *Quimera* era un destructor estelar de clase imperial, un kilómetro y medio de blindaje pesado y armamento impresionante, el símbolo mismo del poder y la autoridad imperial. Hasta los arrogantes anarquistas de la rebelión dudaban antes de arremeter contra aquel tipo de naves.

Así que, con esa misma rebelión bullendo de forma ruidosa y violenta por todo el Imperio y lord Vader ocupado buscando y destruyendo a sus líderes, ¿qué demonios hacía el *Quimera* ocupándose de un transporte de pasajeros?

—Esto es de locos —masculló el capitán Calo Drusan cuando llegó tras Pellaeon—. ¿En qué diantres está pensando el alto mando?

—Es un poco extraño —dijo diplomáticamente Pellaeon—. Pero seguro que tienen sus motivos.

Drusan gruñó.

–Si eso es lo que cree, entonces es que es tonto. El Centro Imperial rebosa de políticos, aduladores profesionales e incompetentes. La razón y la inteligencia cayeron por el conducto de la basura hace mucho –señaló el cielo estrellado que tenían delante–. Supongo que alguien intenta impresionar a todo el universo con su capacidad de desplazar la flota de un sitio para otro.

–Es posible, señor –dijo Pellaeon, y sintió un leve escalofrío subiéndole por la espalda. En general, Drusan tenía razón sobre lo que estaba pasando en la corte imperial, aunque ni siquiera un capitán de nave debería expresar abiertamente aquel tipo de cosas.

En ese caso, sin embargo, Drusan se equivocaba... Porque aquella orden en particular no provenía de ningún subordinado del Centro Imperial. Lo parecía y era lo que querían que pareciera, estaba claro. Pero, a diferencia del capitán, Pellaeon no había acatado la orden sin más sino que se había tomado la molestia de rastrear su origen. Había llegado por los canales adecuados desde el Centro Imperial pero no se había originado allí. De hecho, provenía de un punto no identificado del Borde Exterior.

Según las comunicaciones altamente confidenciales que Drusan había compartido con sus compañeros oficiales de mando, allí era donde estaba en aquel preciso momento el gran almirante Zaarin, bordeando tranquilamente los confines del espacio imperial a bordo del DEI *Predominante*.

Lo que sugería claramente que las órdenes del *Quimera* venían del gran almirante en persona.

–Se aproxima una nave, capitán –dijo el oficial de sensores desde el pozo de tripulación de estribor–. Acaba de saltar al sistema. Según los sensores es un carguero ligero de clase Kazellis.

Drusan lanzó un silbido suave.

–Un Kazellis –comentó–. Un pájaro extraño... dejaron de fabricarlos hace mucho. ¿Tenemos identificación ya?

–Sí, señor –gritó el oficial de comunicaciones desde el pozo de tripulación de babor–. La respuesta codificada confirma que es la *Esperanza de Salaban*.

Pellaeon arqueó una ceja. Su misterioso pasajero no solo había llegado sino que había llegado pocos minutos después que el *Quimera*. O poseía un sentido de la oportunidad altamente desarrollado o tenía mucha suerte.

–¿Vector? –preguntó Drusan.

–Directamente a estribor –gritó el oficial de sensores–.

Rango: ochenta kilómetros.

Y no solo había aparecido prácticamente al mismo tiempo que el *Quimera* sino también casi en el mismo sitio. La admiración de Pellaeon por el piloto del carguero subió otro par de puntos.

Aunque no todo el mundo lo veía de la misma manera.

–Maldito idiota –gruñó Drusan–. ¿Qué intenta hacer, atropellarnos?

Pellaeon dio unos pasos adelante y miró por el ventanal de estribor. Por supuesto, apenas se veía el brillo de un solo motor subluz sobre el fondo estrellado.

Aunque aquel brillo no *debería* ser visible. No desde aquella distancia. A no ser que el piloto lo tuviese a toda la potencia que podía dar y un poco más.

Y el único motivo por el que alguien haría algo así...

–Capitán, le aconsejo que pasemos a alerta roja –dijo con premura Pellaeon, volviéndose hacia Drusan–. Esa nave está huyendo de algo.

Drusan tardó un instante en responder, mirando por encima del hombro de Pellaeon al carguero que se les aproximaba. Este tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en silencio, dejando que su capitán captase la lógica de su consejo a su metódica y pausada manera.

Finalmente, para su alivio, Drusan se avivó.

–Alerta roja –gritó el capitán–. Y vuelvan a confirmar el código de identificación. Por si no escapan de nadie y nos estuvieran embistiendo.

Pellaeon dio la espalda al ventanal, deseando ser capaz de disimular su perplejidad antes de que el capitán la notase. ¿De verdad creía Drusan que alguien sería tan estúpido y suicida para intentar semejante locura? Ni los majaderos de la rebelión eran tan incautos. De todas formas, mientras la suposición paranoide de Drusan sirviera para subir los escudos y cargar los turboláseres...

—¡Más naves! —gritó el oficial de sensores—. Seis naves no identificadas están saltando al sistema en patrón de barrido-racimo tras la *Esperanza de Salaban*.

—Viren todo —ordenó Drusan con un punto de impaciencia. El capitán adoraba disparar los turboláseres del *Quimera*—. Todos los turboláseres a máxima potencia.

Pellaeon hizo una mueca. Como de costumbre, Drusan estaba siguiendo el procedimiento de combate estándar. Pero en ese caso el procedimiento estándar no iba a funcionar. Para cuando el *Quimera* estuviese preparado para disparar, los asaltantes ya habrían llegado hasta la *Esperanza de Salaban* y se estarían arremolinando sobre ella.

Pero si el *Quimera* desviaba potencia a sus motores subluz y se lanzaba directamente hacia el carguero podía espantarlos, o como mínimo contenerlos un poco. Reducir la distancia también supondría llegar un poco antes al rango efectivo de tiro.

—Capitán, si me permite sugerirle...

—No, no se lo permito, comandante —le cortó serenamente Drusan—. No es momento para sus peculiares teorías de combate.

—Capitán, la *Esperanza de Salaban* quiere comunicarse con nosotros —gritó el oficial de comunicaciones—. Lord Odo solicita respuesta inmediata.

Pellaeon frunció el ceño. *Lord Odo* era el típico nombre de un miembro de la corte imperial, no de alguien del Borde Exterior. ¿Qué hacía un miembro de la corte tan lejos del Centro Imperial?

—Pásemelo —ordenó Drusan.

–Sí, señor –se oyó un chasquido.

–Capitán Drusan, le habla lord Odo –dijo una voz melodiosa por el altavoz del puente–. Como habrá notado, nos están atacando.

–Así es, lord Odo –dijo Drusan–. Ahora mismo estamos cargando las baterías de los turboláseres.

–Excelente –dijo Odo–. Entretanto, ¿podría pedirle que desvíe toda la potencia restante a los rayos tractores y nos...?

–No es buena idea, milord –le advirtió Drusan–. Desde esta distancia un rayo tractor podría dañar severamente su casco.

–¿...que desvíe toda la potencia hacia los rayos tractores –repitió Odo con un tono repentinamente extraño– y arrastre a los dos atacantes de los extremos hacia su nave?

–Y si rompemos... –Drusan se interrumpió–. Oh, sí. Sí, entiendo. Alférez Caín, tractores sobre los dos asaltantes de los extremos... atrápelos y arrástrelos hasta aquí.

Pellaeon se volvió hacia el ventanal y sintió un nudo en la garganta. El fulgor de los motores de las naves atacantes era visible ya, brillando sobre las estrellas mientras volaban a toda velocidad hacia la popa de la *Esperanza de Salaban*. Drusan tenía razón sobre los peligros de los rayos tractores a máxima potencia desde aquella distancia. Justo lo que Odo esperaba, que los tractores del *Quimera* fuesen lo bastante potentes para resquebrajar e incluso hacer añicos los cascos de los asaltantes.

Pero si sus naves eran más fuertes de lo que Odo pensaba, la maniobra solo serviría para acercar con mayor rapidez y facilidad a las dos naves hasta su rango de tiro.

Momento en el que la *Esperanza de Salaban* tendría láseres enemigos a su espalda y en ambos flancos, y era muy poco probable que contase con capacidad de escudos suficiente para lidiar con los tres frentes. Pellaeon lo observaba todo siseando levemente entre dientes.

Abruptamente, las dos naves perseguidoras de los extremos empezaron a hacer tirabuzones violentamente, con sus estelas girando como bengalas.

–Tractores activos –gritó el oficial de rayos tractores–. Los atacantes están fijados y los estamos arrastrando.

–¿Algún rastro de roturas en el casco? –preguntó Drusan.

–No se detecta ninguna, señor –informó el oficial de sensores.

–Entendido –dijo Drusan–. ¡Qué le vamos a hacer! –añadió hacia Pellaeon.

–Bueno, como mínimo no pueden disparar a la *Esperanza de Salaban* –comentó Pellaeon–. No con esos giros en espiral.

–Así es difícil fijar ningún blanco –coincidió Drusan con reticencia–. Pero no imposible.

Y entonces, de repente, Pellaeon lo entendió. Odo no solo esperaba que los tractores del *Quimera* hicieran pedazos las naves atacantes, estaba dejando que los imperiales colocasen a los asaltantes junto a él, lanzados en espiral, para interferir con su capacidad de disparo el tiempo suficiente...

Aún intentaba desentrañar la lógica de todo aquello cuando los láseres de la *Esperanza de Salaban* brillaron a ambos lados de la nave, convirtiendo en chatarra a los dos asaltantes remolcados por los rayos tractores.

Las nubes de escombros se fueron liberando de la sujeción de los rayos tractores y cayeron natural e inevitablemente más allá de la *Esperanza de Salaban*, que aún estaba acelerando. Directamente sobre los cuatro asaltantes que aún la perseguían.

–Capitán, turboláseres activados –informó el oficial de armamento.

–Apunte al resto de asaltantes –gruñó Drusan–. Bueno, si aún queda alguno al que apuntar. Y alerte al oficial de guardia del muelle que va a llegar una nave.

Miró a Pellaeon.

–Si el tal lord Odo es miembro de la corte imperial –murmuró–, como mínimo es de los competentes.

–Sí, señor –dijo Pellaeon–. ¿Debo asumir el mando mientras baja a recibirlo?

Drusan hizo una mueca.

–Por fortuna estoy demasiado ajetreado arreglando este desaguisado para ocuparme de las visitas –dijo–. Vaya usted. Tráigalo a bordo, haga que se instale... ya conoce la rutina. Dígale que bajaré a recibirlo en cuanto hayamos saltado a velocidad luz.

–Sí, señor –contestó Pellaeon–. Quizá podría decirme adónde nos dirige exactamente el rumbo encriptado que nos mandaron.

–No cuente con ello, comandante –replicó Drusan–. La corte imperial aprecia sus secretos tanto como cualquiera –sacudió una mano–. Puede retirarse.

Pellaeon nunca antes había tenido el dudoso honor de dar la bienvenida a bordo de la nave a un miembro de la corte imperial, pero había oído todo tipo de historias sobre la arrogancia de aquellos nobles, su amor por la excentricidad y el lujo, y sus coloridos y serviles séquitos.

Lord Odo resultó ser una auténtica sorpresa. La primera persona que apareció en el muelle desde el túnel de amarre fue un humano viejo de aspecto frágil que no iba vestido con colores exuberantes sino con un sencillo atuendo de piloto. La segunda fue otro humano, o eso supuso Pellaeon, vestido con una toga con capucha de color gris y borgoña, guantes negros, botas y una capa, además de una máscara facial completa metálica y negra como de mimo.

No hubo tercera persona. Si Odo tenía séquito parecía habérselo dejado en casa.

Pellaeon esperó, queriendo asegurarse, hasta que el piloto hizo un gesto para sellar la escotilla de embarque. Cuando esta se cerró con un ruido sordo, dio un paso adelante.

—Lord Odo —dijo, inclinándose hasta la cintura y deseando fervientemente que su visitante perdonase cualquier lapso no intencionado en el adecuado protocolo cortesano—. Soy el comandante Gillad Pellaeon, tercer oficial del puente del destructor estelar imperial *Quimera*. El capitán Drusan me ha pedido que lo reciba y le diga que le presentará sus respetos en cuanto se lo permitan sus deberes en el puente.

—Gracias, comandante —dijo Odo con la misma voz melodiosa que Pellaeon había oído en el puente, ahora ligeramente amortiguada por la máscara. No tenía abertura bucal, ni ranuras para los ojos. U Odo podía ver a través del metal de alguna manera o tenía una pequeña pantalla instalada en el interior—. ¿Vamos rumbo a nuestro destino?

—Sí, señor —contestó Pellaeon, mirando el panel de datos más cercano solo para asegurarse—. Creo que los datos del rumbo encriptado que llegaron con su autorización para subir a bordo decían que el trayecto sería de diez horas estándar.

—Correcto —confirmó Odo—. Espero que perdone mi aspecto. Los motivos de mi visita deben ser confidenciales y mi identidad no puede revelarse.

—No es necesario que dé ninguna explicación, señor —se apresuró a decir Pellaeon para tranquilizarlo—. Sé cómo hacen las cosas en la corte imperial.

—¿Ah, sí? Vaya —dijo Odo—. Excelente. Quizá más adelante pueda explicarme algunos detalles.

Pellaeon notó que estaba frunciendo el ceño. ¿Acaso Odo se estaba riendo de un oficial de la flota? ¿O era verdad que no conocía los matices del proceder y comportamiento de la corte imperial?

Si era así estaba claro que no se trataba de un miembro de la corte. Pero entonces, ¿quién era?

—Creo que tienen camarotes preparados para nosotros —prosiguió Odo—. El viaje ha sido largo y ha estado plagado de peligros —la cabeza enmascarada y encapuchada se inclinó levemente—. Por cierto, aprovecho para agradecerles su ayuda contra esos asaltantes.

—Ha sido un placer, milord —dijo Pellaeon, preguntándose por una fracción de segundo si debía comentar que la principal ventaja táctica del combate en realidad la había proporcionado el propio Odo.

Probablemente no. No sería propio de la flota imperial reconocer que un visitante civil había urdido un plan de combate mejor que el de sus oficiales.

—Sí, les han preparado camarotes junto al muelle para usted y su piloto —miró al piloto y arqueó las cejas—. ¿Cómo se llama?

El piloto miró a Odo, como si pidiese permiso para hablar. Este último ni se movió y el piloto volvió a mirar a Pellaeon.

—Llámeme Sorro —dijo. Su voz era vieja y cansada, como todo él.

—Es un honor conocerlo —dijo Pellaeon, volviéndose hacia Odo—. Si quieren seguirme, milord, les escoltaré hasta sus camarotes.

Exactamente nueve horas y cuarenta y cinco minutos estándar después, aunque no fuese su turno, Pellaeon se aseguró de estar en el puente del *Quimera*.

En vano. El destructor estelar emergió en el lado oscuro de un mundo completamente anodino, con un anodino sol amarillo y un anodino paisaje estelar.

—Y no vamos a ver mucho más —gruñó Drusan—. Tenemos órdenes de mantener la posición hasta que lord Odo regrese.

–Allá va –dijo Pellaeon, señalando el brillo del impulsor de la *Esperanza de Salaban* mientras el carguero salía desde debajo de la larga proa del *Quimera*. Se dirigía al horizonte planetario, con su imagen emborronándose brevemente al entrar en la atmósfera y desapareciendo después.

–¿Qué opina de la máscara?

Pellaeon tuvo que hacer un esfuerzo para apartar su mente del misterio de dónde iban para sumergirla en el misterio de quién era Odo.

–Es evidente que no quiere que nadie sepa quién es –dijo.

–¿Quién o qué? –dijo Drusan–. Hice que Servicios Medioambientales realizase una exploración del flujo de aire que sale de sus camarotes. Pensé que...

–¿Que hizo qué? –interrumpió Pellaeon horrorizado–. Señor, las órdenes dejaban muy claro que no debíamos cuestionar, interferir ni entrometernos en las actividades de lord Odo.

–Y no lo he hecho –dijo Drusan–. Mantener vigilada mi nave forma parte de mi trabajo.

–Pero...

–Además, no sirvió de nada –continuó amargamente Drusan–. Desprende bioseñales de cincuenta especies distintas, ocho de las cuales, como mínimo, la computadora ni siquiera es capaz de identificar.

–Probablemente provienen de la máscara –murmuró Pellaeon, recordando las series de ranuras paralelas que había en los pómulos curvados de la máscara–. Pensé que las ranuras de las mejillas eran meramente decorativas.

–Pues parece que están repletas de bioseñales –dijo Drusan–. Un tipo listo, ¿verdad? Aun así, sea cual sea el motivo de su visita, debería ser breve y podremos llevarlos rápidamente, a su nave y a él, de vuelta a donde los encontramos.